

LA PLATERA

Esta huerta, cuya nombradía aumenta con el tiempo, como el buen vino, que diluye la pringue de las fritangas, tomó nombre de la ocupación de su primera dueña,

una antigua platera, que la hizo para llevar a tomar los aires a su hija enferma. Al extinguirse aquella vida opilada, la huerta se vendió a Juan Parra, padre de Justo, el Carcelero, y cambió de signo, convirtiéndose en lugar propicio a la jarana, porque Justo tenía buen diente, como los que le rodearon y siguieron, que realzaron su prestigio hasta llegar a la creación reciente de la Orden de Sancho Panza, que en cuanto a yantar no cede ventaja a ninguna otra orden de las conocidas en el mundo.

La fotografía nos da idea clara y aún clarísima del gusto y aseo con que se ha procurado dar albergue a la Orden, confiando en las buenas panzas para las degluciones íntegras, que eviten salpicones de gachas en las tapias rutilantes los días de reunión del Capítulo.

Está situada en lo alto de una cañada, en la primera cuesta del camino de Herencia, antes de la del Bernardillo y, lo que son las cosas, Justo, confiando en la altura y en el destino primero de la casa, hizo allí una era para trillar y por poco si se muere de sofocaciones porque resultó que allí no llegaba el solano. Su nieto Frutos, lo ha entendido mejor echando el ramo por dentro y con Tico Medina, que tampoco le hace ascos a la sartén y otros románticos espirituales cuyo relieve en las artes, en las letras y en las cancillerías, demuestra la importancia que tiene el comer para cantar, le han dado fama universal y tan singular atractivo que acuden a ella como las mariposas a la luz, pero sin reparar en el deslumbrante encalado, enfilan la puerta, como los bencejos, con la rapidez del rayo, y se meten en la cocina donde las gachas cuajadas pedorrotean solemnemente a punto ya de dejarse paladear por los del corro, que se les hace la boca agua.

Como la orfebrería vieja de las casas antiguas, que con las herencias, la piedra pómez y el brío juvenil se pule y restaura, La Platera se nos presenta ahora, libre de las injurias del tiempo y del olvido, pero con todos los asientos e incurvaciones de la edad, como el mejor receptor de visitantes, al pie de la más antigua y principal entrada de la Villa. Pasaron los tiempos de las arriesgadas aventuras y corren los de la cortesanía. La Platera ha sacado del arca su bien conservada aunque arrugada casaca y puesta de calzas blancas y peluca empolvada, se inclina reverente e invita al viandante al descanso y a la reparación. Ningún vigía ni ningún otro método podría granjearnos mayor favor. Es un fruto de Parra, sazonado y Rico por cierto.

